

LA RECREACIÓN DE LO INVISIBLE EN LA ÉLITE NAVAL DEL SIGLO XVIII: DESCRIPCIÓN DE ESTAMBUL POR FEDERICO GRAVINA (1788)¹

Agustín GUIMERÁ RAVINA
Instituto de Historia (CSIC)
Recibido: 24/02/2022 Aceptado: 10/03/2022

Resumen

Este trabajo explora el mundo interior del marino Federico Gravina, su sensibilidad, sus hábitos e inquietudes culturales..., un territorio poco conocido. Desde la perspectiva de una historia sociocultural de la oficialidad en la Real Armada del siglo XVIII, se analiza un texto de excepción: la *Descripción de Constantinopla*, obra del propio Gravina, con motivo de su viaje a Estambul en 1788, al mando de la fragata *Santa Rosa*, para llevar de vuelta al enviado del sultán a la corte de Carlos III. Aunque permaneció poco tiempo en la capital del imperio otomano, recogió toda clase de noticias y llevó a cabo una serie de observaciones personales acerca de aquella cultura, tan exótica para un europeo de la época.

(1) Este trabajo es deudor de las conversaciones con mi colega Joaquín Álvarez Barrientos, del CSIC, experto en la cultura española del siglo XVIII, a quien agradezco su ayuda.

Palabras clave: historia social. historia cultural. Real Armada. oficialidad. viajes. Federico Gravina. España. Turquía. Estambul. siglo XVIII

Abstract

This paper is analyzing the inside world of the naval officer Federico Gravina, his sensibility, their habits and cultural concerns, a nearly unexplored territory. It study an exceptional document from the perspective of social and cultural history of the 18th century Spanish Navy: the *Descripción de Constantinopla* by Gravina, a result of his voyage to Istanbul in 1788, commanding the frigate *Santa Rosa*, which was carrying the Sultan's delegate from the Spanish Court to the Otoman capital. Though Gravina stayed in that city for a short time, he picked up many news of that culture –very exotic for an European of that time- and made personal observations on their features.

Keywords: social history. cultural history. Spanish Navy. naval officers. voyages. Federico Gravina. Spain. Turkey. Istanbul. 18th century.

SE conoce bien la carrera naval de Federico Gravina y Nápoli (1756-1806). Incluso se puede entrever una parte de su personalidad a través de algunos testimonios contemporáneos². Pero, al no disponer de información privada, sabemos poco de su mundo interior y sensibilidad, sus hábitos e

(2) La vida de Gravina se refleja en los trabajos clásicos de PAVÍA, F.P.: *Galería biográfica de los generales de Marina, jefes y personajes notables que figuraron en la misma corporación desde 1700 a 1868* II, Madrid, 1873, pp. 120-137, y FERNÁNDEZ DE CASTRO, M.C.: *El almirante sin tacha y sin miedo. Vida del capitán general de la Armada española don Federico Gravina y Nápoli*, Escelicer, Cádiz, 1956. Véanse también los estudios generales de BERNAOLA MARTÍN, I.: *Liderazgo naval y redes profesionales: el equipo de José de Mazarredo (1776-1814)*, Sílex, Madrid, 2020, y GUIMERÁ, A.: «Gravina y el liderazgo naval de su tiempo», en GUIMERÁ, A.; RAMOS, A., y BUTRÓN, G. (coords.): *Trafalgar y el mundo atlántico*, Marcial Pons, Madrid, 2004, 233-258.

Sobre sus campañas navales, véanse BLANCO NÚÑEZ, J.M.: «La campaña de Trafalgar», en CASTAÑEDA DELGADO, P. (dir.): *Las guerras en el primer tercio del siglo XIX en España y América: actas XII Jornadas Nacionales de Historia Militar (Sevilla, 2004)*, Deimos, Madrid, 2005, 183-208; CAYUELA FERNÁNDEZ, J., y POZUELO REINA, A.: *Trafalgar. Hombres y naves entre dos épocas*, Barcelona, 2004; GONZÁLEZ-ALLER HIERRO, J.I.: *La campaña de Trafalgar (1804-1805). Corpus documental conservado en los archivos españoles* (2 vols.), Ministerio de Defensa, Madrid, 2004; GUIMERÁ, A.: «Trafalgar: Mith and History», en HARDING, R. (ed.): *A Great and Glorious Victory. New Perspectives on the Battle of Trafalgar*, Seaforth Publishing, Barnsley (Reino Unido), 2008, 41-57; GUIMERÁ, A.: «La defensa de plazas costeras: la marina española en el sitio de Rosas, 1794-1795», en IBARZ GELABERT, J., y otros (eds.): *Proceedings of the 4th Mediterranean Maritime History Network Conference 7-9 May 2014*, Museu Marítim de Barcelona, Barcelona, 2016, 369-385; NÚÑEZ IGLESIAS, I., y BLANCO NÚÑEZ, J.M.: *La diversión de Tolón* (2 vols.), Ministerio de Defensa, Madrid, 1999; MONAQUE, R.: *Trafalgar, 21 octubre 1805*, Tallandier, 2005; O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, H.: *La campaña de Trafalgar. Tres naciones en pugna por el dominio del mar (1805)*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005; y RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A.R.: *Trafalgar y el conflicto anglo-español del siglo XVIII*, Actas, Madrid, 2005.

inquietudes culturales; en definitiva, del hombre que se esconde tras los documentos oficiales y los silencios del sujeto. Para reconstruir ese mundo hay que leer entre líneas. Esta circunstancia es común a la mayoría de los oficiales de la Real Armada del siglo XVIII, pese a contar con excelentes estudios sobre ellos³. La excepción pueda ser Cosme Damián Churruca, que nos ha dejado una abundante correspondencia personal⁴. Queda, pues, mucho por hacer.

Este trabajo se inscribe en una historia sociocultural de la Real Armada, que ha dado muchos frutos en estas últimas décadas⁵. A la hora de analizar la constitución de la élite naval en aquella centuria –su nivel de formación, su conciencia de grupo profesional y sus relaciones de poder–, no debe olvidarse que tratamos de individuos, agentes y testigos de las transformaciones que tuvieron lugar en la época donde les tocó vivir, es decir, de la mutua influencia del personaje y su contexto social. Federico Gravina perteneció a la generación nacida en la década de 1750, en la que destacan, entre otros, Antonio de Escaño (1750-1814) e Ignacio María de Álava (1750-1817), sus subordinados en distintas campañas. Los tres sirvieron a las órdenes de José de Mazarredo (1745-1812), considerado el marino más completo de la Real Armada en el siglo XVIII. Todo ellos fueron oficiales ilustrados, protagonistas de un reformismo que constituyó la culminación de la utopía humanista. Sus trayectorias vitales reflejan las convulsiones de una época revolucionaria en América y Europa, entre el fin del Antiguo Régimen y los inicios del liberalismo.

Para aproximarnos al mundo interior de Gravina –en ese momento, capitán de navío–, disponemos de un texto excepcional: su *Descripción de Constantinopla*, con motivo de su viaje a la capital del imperio otomano en 1788, al

(3) Nos referimos a los estudios sobre Blas de Lezo, Juan José Navarro, Jorge Juan, Antonio de Ulloa, Julián de Arriaga, Pedro González de Castejón, José Solano, Antonio Valdés, Juan de Lángara, José de Mazarredo, Antonio de Escaño, José Vargas Ponce, Martín Fernández de Navarrete, Vicente Tofiño, Gabriel Císcar, Alejandro Malaspina, Gabriel de Aristizábal, Ignacio María de Álava, etc. La bibliografía sobre estos marinos es extensísima. La mayoría de los autores se han ocupado de su vertiente científica.

(4) Son los trabajos de GONZÁLEZ-RIPOLL NAVARRO, M.D.: *Bajo pólvora y estrellas: Churruca y otros marinos vascos de la Ilustración*, San Sebastián, 2000; «Vidas pendientes de una habilidad: Cosme de Churruca y la formación de los marinos ilustrados», en IMÍZCOZ, J.M., y CHAPARRO, A. (eds.): *Educación, redes y producción de élites en el siglo XVIII*, Sílex, Madrid, 2013a, 265-279, e *Íntimo y certero. Las cartas familiares del marino Cosme de Churruca*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2021.

(5) CALVO MATURANA, A.: «La oficialidad del ejército y la marina borbónicas: reformismo, fidelidad e identidad (1750-1808)», *Cuadernos de Historia Moderna*, vol. 41, núm. 2 (2016), 467-495; GARCÍA HURTADO, M.R.: *El arma de la palabra. Los militares y la cultura escrita en el siglo XVIII (1700-1808)*, Universidade da Coruña, A Coruña, 2002; y ORTEGA DEL CERRO, P.: *El devenir de la élite naval. Experiencia de los oficiales de la Armada en tiempos de cambio, inicios del XVIII-finales del XIX*, Sílex, Madrid, 2018, entre otros estudios de este autor. Son de destacar también los trabajos de GIL MUÑOZ, M.: «Un estudio sobre las mentalidades en el ejército del siglo XVIII», *Cuadernos de Historia Moderna*, vol. 10 (1989-1990), 121-146; «Marinos en el Madrid del siglo XVIII. Entorno vital», *Revista de Historia Naval*, núm. 105 (2009), 39-69; *La oficialidad de la Marina en el siglo XVIII. Estudio sociológico (1700-1758)*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2016, y *La oficialidad de la Marina en los reinados de Carlos III y Carlos IV. Estudio sociológico (1759-1808)*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2020.

mando de la fragata *Santa Rosa*, para llevar de vuelta al enviado del sultán a la corte de Carlos III. Aunque Gravina permaneció en Estambul solo treinta y un días, recogió toda clase de noticias y llevó a cabo una serie de observaciones personales acerca de aquella cultura, tan exótica para un europeo de la época. Tendremos siempre presente la descripción de Estambul del brigadier Gabriel de Aristizábal, de 1784, a efectos comparativos.

Una semblanza de Gravina

Nacido en Palermo en 1756, en el seno de una familia noble, estudió en el famoso Colegio Clementino de Roma, forja de la aristocracia. La familia Gravina, entre cuyos miembros había grandes de España, es todo un ejemplo de la tradición de servicio a la Monarquía hispana por algunos linajes nobiliarios de los reinos de Nápoles y Sicilia⁶. La lealtad de la familia Gravina a la corona española se remontaba a la época de los Austrias. En 1726, su abuelo el duque de San Miguel había conseguido la naturaleza española para sí y sus descendientes. Gravina contó en 1775 con el apoyo de su pariente Andrés Reggio, capitán general del departamento marítimo de Cádiz, para ingresar en la Real Armada como guardiamarina, a los diecinueve años. Debíó de poseer una formación refinada, aunque disponemos de pocos datos⁷. Sabemos que dominaba el francés y admiraba la cultura gala. Poseía un buen estilo en su escritura.

Este origen nobiliario, formación cultural y patrocinio fueron avalados por su gran capacidad y ambición profesional. Luchó denodadamente para que se premiasen sus propios méritos, demostrando en numerosas ocasiones su entrega hasta el límite. Se distinguió por su serenidad a toda prueba. Su valentía fue legendaria. Da la impresión de que Gravina trató de honrar a sus antepasados y protectores, a su condición aristocrática, demostrando el valor que se le suponía a todo militar⁸. Aquella justa aspiración de reconocimiento personal fue el motor de su vida en la Real Armada. Antes de su viaje a Estambul ya había destacado por su valor y dotes de mando en el bloqueo de Gibraltar (1779), la reconquista de Menorca (1782), el ataque de las baterías flotantes a Gibraltar (1782), el combate de Cabo Espartel (1782) y los

(6) Los oficiales originarios de los Estados italianos representaban el 2,7 por ciento del total de oficiales extranjeros del ejército borbónico en el siglo XVIII, y los oriundos de Nápoles y Sicilia eran el 25,48 por ciento de esa cifra. En su mayoría pertenecían a la nobleza (más del 90 por ciento), lo que les constituía en un fuerte grupo de presión. MAFFI, D.: «Al servicio del Rey: la oficialidad aristocrática de “nación” italiana en los ejércitos borbónicos (1700-1808)», *Cuadernos de Historia Moderna*, anejo x (2011), 103-121.

(7) Conocemos un poema amoroso de Gravina, escrito en italiano. PÉREZ DE GUZMÁN, J.: «La cartera de Gravina», *La España Moderna*, t. 205 (1906), cit. por FERNÁNDEZ DE CASTRO (véase n. 1), 1956, pp. 92-93.

(8) Tesis defendida por un escritor contemporáneo, PEÑALOSA Y ZÚÑIGA, C.: *El honor militar (...) ejército de Navarra de S.M.C.*, Benito Cano, Madrid, 1795, pp. 35-36, cit. por CALVO MATURANA (véase n. 4), 2016, p. 473.

bombardeos de Argel (1783-1784). En solo siete años desde su ingreso en la Marina, ya había conseguido el ascenso a capitán de navío (1782), un hecho sorprendente.

Las puertas de la corte en Madrid se le abrieron en 1784, por mediación de su tío el príncipe de Raffadale, embajador de Nápoles. Los espacios de sociabilidad cortesana le fueron favorables desde un principio, caso de las tertulias particulares, la estancia en los Reales Sitios o la asistencia a la ópera. La protección del secretario de Marina Antonio Valdés (1783-1795), amigo del príncipe de Raffadale, fue también decisiva. Se conservan muchas cartas de Valdés a Gravina que demuestran su afecto por el personaje. En las tertulias organizadas en la casa del ministro, el brillante capitán de navío conoció al secretario de Indias Antonio Porlier, y a jóvenes marinos como Rosendo Porlier, hijo del anterior –que sería su ayudante la mayor parte de su vida–, los sobrinos de Valdés –Joaquín y Cayetano, que le acompañarían en el viaje a Estambul–, y José Vargas Ponce y Martín Fernández de Navarrete –que destacarían en el mundo de las letras–. En casa de Valdés volvió a tratar a Mazarredo y Escaño, por los que demostró siempre una gran admiración. Algunos de ellos fueron héroes de Trafalgar. También coincidió allí con su compañero de estudios romanos Alejandro Malaspina. Pronto perteneció al cuarto del príncipe de Asturias, el futuro Carlos IV, de quien llegaría a ser uno de sus protegidos. Esta vía era muy eficaz para encontrar respaldo en la realeza y fue empleada por otros cortesanos de su tiempo. Pese a estas relaciones, fue siempre «enemigo de etiquetas», como afirmaba el ministro Valdés.

Su comportamiento humanitario fue patente durante el sitio de Tolón (1793), donde salvó de la muerte a prisioneros republicanos y ciudadanos realistas. Sus devociones religiosas y sus mandas testamentarias son una muestra de la inspiración católica de sus actuaciones.

En resumidas cuentas, Gravina representa el arquetipo de oficial proyectado por la propaganda oficial del siglo XVIII hispano: noble, patriota, católico, valiente, austero, «hombre de bien» –con amor por la justicia, la beneficencia y la humanidad–, defensor del rey y del Estado, incluso un héroe. Son imágenes de una élite que «nos ayudarán a comprender qué esperaba la monarquía de la oficialidad y cómo se percibía esta a sí misma»⁹. A ello habría que añadir su pensamiento ilustrado, como otros oficiales navales. Conviene recordar que la Ilustración es una actitud ante la vida, imbuida de los valores de un progreso indefinido –cargado de optimismo–, la felicidad pública, la utilidad, las «luces» de la razón enfrentadas a los prejuicios, el orden, el apoyo al mérito, la filantropía, el cosmopolitismo y la noción más abstracta del Estado. Es un movimiento reformador, común a otros territorios europeos y americanos, una verdadera «conversación planetaria», en

(9) CALVO MATURANA (véase n. 4), 2016, p. 468. El propio Gravina será «el primer gran héroe no regio homenajeado por la monarquía absoluta», tras su herida en Trafalgar y su muerte en febrero de 1806 (ib., pp. 490-491).

palabras de Antonio Lafuente. Gravina –con su origen siciliano, formación romana y carrera en la Real Armada– encarnaba perfectamente este afán cosmopolita¹⁰.

Antecedentes del viaje a Estambul

Es un tema bien conocido. El interés por el imperio otomano, y el Oriente en general, había crecido en Europa a lo largo del siglo XVIII. La mayor parte de las potencias europeas –especialmente Francia y Gran Bretaña, grandes rivales de la Monarquía española– habían obtenido tratados de paz y comercio con la Sublime Puerta ya desde principios de la centuria. El reino de Nápoles-Sicilia, bajo el mandato del futuro monarca español Carlos III, lo había conseguido en 1740. Tras su llegada al trono hispano en 1759, el gobierno carolino inció contactos con el sultán por mediación del reino napolitano, pero no prosperaron. Su principal propósito era obtener la paz con las regencias norteafricanas, que tanto daño hacían al comercio y la navegación españolas, utilizando la influencia política que el sultanato otomano, teóricamente, tenía sobre aquellas¹¹.

Hubo que esperar a 1778 para reiniciar las negociaciones, cuando el secretario de Estado, Floridablanca, encargó la gestión diplomática directa a Juan de Bouligny, comerciante alicantino que poseía experiencia en el Levante mediterráneo y conocía la lengua turca, quien llegó a Estambul al año siguiente.

(10) Para una visión general de la Ilustración europea y española, véanse PAGDEN, A.: *La Ilustración y por qué sigue siendo importante para nosotros*, Alianza, Madrid, 2015, y ÁLVAREZ BARRIENTOS, J.: *Ilustración y neoclasicismo en las letras españolas*, Síntesis, Madrid, 2005. La perspectiva científica cuenta con una visión general en LAFUENTE, A., y VALVERDE, N.: *Los mundos de la ciencia en la Ilustración española*, Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT), Madrid, 2003.

(11) Junto al clásico estudio de M. CONROTTE (*España y los países musulmanes durante el ministerio de Floridablanca*, Madrid, 1909), tenemos los trabajos de CHAKIB, B.: *Las relaciones entre España, el Imperio otomano y las regencias berberiscas en el siglo XVIII, 1759-1782* (tesis doctoral inédita), Universidad Complutense de Madrid, 1994; EPALZA, M. de: «Intérêts espagnols et intérêts de la Turquie et de ses alliés maghrébins dans la diplomatie hispano-musulmane du XVIII^e siècle», *Studia Islamica*, vol. 57 (1983), 147-161; GARRIGUES DÍAZ-CAÑABATE, E.: *Un desliz diplomático. La paz hispano-turca: un estudio de las relaciones diplomáticas españolas de 1779 a 1799*, Revista de Occidente, Madrid, 1962; MARTÍN ASUERO, P.: «Los diplomáticos españoles y el redescubrimiento del Imperio otomano», en CÓRDOBA, J.M., y PÉREZ DÍEZ, M.C. (eds.): *La aventura española en Oriente (1166-2006). Viajeros, museos y estudiosos en la historia del redescubrimiento del Oriente Próximo antiguo* (catálogo de la exposición celebrada en el Museo Arqueológico Nacional en 2006), Ministerio de Cultura, Madrid, 2006; MARTÍN ASUERO, P.: «España-Turquía, 1700-1923, caminos paralelos hacia la modernidad», en ÍDEM (ed.): *España-Turquía. Del enfrentamiento al análisis mutuo. Actas de las I Jornadas de Historia organizadas por el Instituto Cervantes de Estambul en la Universidad del Bósforo los días 31 de octubre y 1 y 2 de noviembre de 2002*, Isis, Estambul, 2003, 275-278; SÁNCHEZ ORTEGA, M.H.: «Las relaciones hispano-turcas en el siglo XVIII», *Hispania*, núm. 171 (1989), pp. 151-195; y VOLTES BOU, P.: «Rusia, Turquía y la política de Floridablanca en 1779», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. CXLVII (1960), 61-97.

te. La coyuntura era más favorable para España. El sultán Abdül-Hamid I (1774-1789) había continuado las reformas internas y la apertura del imperio al exterior llevada a cabo por su antecesor, Mustafá III (1757-1774). El sultanato se encontraba además en una situación difícil debido al conflicto latente con la poderosa Rusia, que llevaría finalmente a la guerra turco-rusa de 1787-1792. Las conversaciones de Boulogny fueron largas y complejas, consiguiéndose finalmente la firma del tratado de paz en mayo de 1782, que se hizo público en Madrid en noviembre de 1783. Boulogny permaneció en la capital otomana como embajador, dedicándose a organizar la representación diplomática.

Poco después, el gobierno español envió una misión a Estambul con regalos para el sultán y sus ministros. Estaba formada por dos navíos, un bergantín y una fragata, al mando del brigadier Gabriel de Aristizábal (1743-1806). El viaje redondo tardó más de un año, a causa de numerosos incidentes en la navegación (abril 1784-mayo 1785). Durante su estancia de cuarenta y tres días en Estambul (septiembre-octubre 1784), los expedicionarios visitaron los monumentos de la ciudad y sus instalaciones navales, fueron agasajados por Boulogny, el visir y las embajadas extranjeras, y presentados al sultán. Nos han dejado un relato de su viaje, con una descripción de Estambul y de las costumbres otomanas¹².

En correspondencia con esta visita, un enviado del sultán, por nombre Ahmet Vasif Efendi, arribó en julio de 1787 a Barcelona. Fue recibido por el capitán general de Cataluña y, posteriormente, por Floridablanca en la Corte. Se encomienda entonces a Gravina el mando de la fragata *Santa Rosa*, a fin de llevar de vuelta al enviado. El buque zarpó de Cartagena, el 1 de abril de 1788, con el enviado otomano, para arribar a Estambul, en poco más de un mes, el 12 de mayo. Durante su permanencia en aquella ciudad, la oficialidad fue nuevamente agasajada por Boulogny, el visir y los embajadores extranjeros, y se dedicó a visitar los principales monumentos e instalaciones navales, además de realizar excursiones a la orilla asiática y la desembocadura del Mar Negro. La fragata inició su retorno el 12 de junio, para llegar a Cádiz el 28 de

(12) ARISTIZÁBAL, G.: «Extracto del Diario de Navegación hecha a Constantinopla en el año de 1784 por la Esquadra de S.M.C.^a, al mando del Brigadier de la Real Armada D. Gabriel de Aristizábal, con algunas observaciones políticas del Imperio de los Turcos, según permitió su corta mansión en aquel Puerto, y Corte Otomana» (presentado al rey el 7 de junio de 1785), Biblioteca del Palacio Real, Ms. II-1051. El secretario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando utilizó este diario para una obra general sobre el mundo otomano, en MORENO, J.: *Viaje a Constantinopla en el año de 1784, escrito por orden superior*, Imprenta Real, Madrid, 1790. Ha sido publicado íntegramente por GONZÁLEZ CASTRILLO, R.: *Viaje de Gabriel de Aristizábal a Constantinopla en 1784*, Fundación Universitaria Española (FUE), Madrid, 1997.

Contamos con un análisis de esta expedición en ESCRIBANO MARTÍN, F.: «Gabriel de Aristizábal (1773-1805). El viaje a Constantinopla», en *La aventura española en Oriente (1166-2006)* (véase n. 10); GONZÁLEZ CASTRILLO, R.: «Gabriel de Aristizábal y su viaje a Constantinopla en el año 1784», *Arbor*, vol. 180, núm. 711-712 (2005), 707-726, y LUCÍA CASTEJÓN, R.: «Aristizábal y Gravina. Un viaje y una visión de la capital otomana», *Isimu*, vol. 9 (2006a), 193-207.

septiembre. El viaje redondo había durado seis meses. Tras el desarme de la fragata, Gravina firmó su informe al gobierno el 20 de octubre. Este es el texto que comentaremos a continuación¹³.

La Descripción de Constantinopla: texto y contexto históricos

Siguiendo a Bolufler, los textos de Gravina –tanto su *Descripción de Constantinopla* como el «Extracto del Diario»– son un discurso representativo que posee una doble lectura: una individual, que sigue un esquema de percepción y clasificación social, y otra colectiva, al ser una forma de exhibición del estatus y la identidad social. Representan un medio para crear opinión y organizar la experiencia vivida, suscitando identificaciones y rechazos en el lector. Incluso el propio lenguaje constituye una forma de percepción y construcción de la realidad¹⁴.

La *Descripción de Constantinopla* es un documento secreto, redactado por un oficial de la Real Armada para uso del Gobierno. Por ello permaneció inédito hasta tiempos recientes. La publicación del viaje de Aristizábal fue un caso excepcional. Las expediciones de Gravina y de Aristizábal se encuadran en el típico viaje ilustrado europeo, en el que también hacen acto de presencia los arquetipos. En otras palabras, el viaje «se ajustaría a unos valores e hitos preestablecidos que el viajero debía encontrar; las diferencias o los desvíos de ese programa se entendían entonces como errores»¹⁵.

Sus relatos poseen el eco de viajeros europeos en Oriente, que tanto se había puesto de moda en el siglo XVIII, especialmente en autores franceses,

(13) Biblioteca de Palacio Real, Ms. II-1938, «Descripción de Constantinopla, escrita por los oficiales de la fragata *Rosa*, mandada por Don Federico Gravina, en que se restituyo el embajador turco a su país», F. Gravina, 1788. Ha sido publicado en GRAVINA, F.: *Descripción de Constantinopla* (ed., J.M. Sánchez Molledo), Miraguano, Madrid, 2001. Utilizaremos además algunas referencias del diario en que se basó para su descripción: Archivo del Museo Naval, leg. 2485, «Extracto del Diario del Capitán de navío D. Federico Gravina, comandante de la fragata *Santa Rosa* en su viaje a Constantinopla trasportando al enviado de la Corte otomana Acmet Guasif Effendi (*sic*), y varias noticias observadas y adquiridas en aquella capital» (42 fols.), F. Gravina, 1788.

Contamos con el citado estudio de LUCÍA CASTEJÓN, 2006a (véase n. 11); Ídem: «Federico Gravina y Nápoli (1756-1806): una imagen ilustrada de Constantinopla», en *La aventura española en Oriente (1166-2006)* (véase n. 10), 2006b, y SÁNCHEZ MOLLEDO, J.M.: «El viaje de Federico Gravina a Constantinopla en 1788», *Arbor*, núm. 711-712 (2005), 727-746.

(14) BOLUFLER, M.: *Mujeres e Ilustración. La construcción de la feminidad en la España del siglo XVIII*, Institució Alfons el Magnànim, València, 1998, pp. 11-14 y 24.

(15) ÁLVAREZ BARRIENTOS (véase n. 9), 2005, pp. 250-251. Véanse también CÓRDOBA ZOILO, J.M.: «Entre la curiosidad y la aventura. Los viajeros españoles y su mundo en la época de la expansión europea, desde comienzos del siglo XVIII a los inicios del XX», en *La aventura española en Oriente (1166-2006)* (véase n. 10); MARTÍN ASUERO, P.: «La imagen española del Bósforo durante la Cuestión de Oriente (1793-1915)», *Letras de Deusto*, núm. 93 (2001), 141-154, y PIMENTEL, J.: *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2003.

británicos y prusianos. La recepción de estos libros en España es bien conocida¹⁶. A ello se añaden las noticias de la prensa española, que se interesa por los acontecimientos del imperio otomano. Este interés representa todo un cambio de percepción respecto al periodo anterior a 1750, durante el que la hostilidad española hacia el mundo musulmán había sido notoria, influenciada especialmente por los peregrinos y religiosos a Tierra Santa, los cautivos y renegados. Pero, de hecho, existía un comercio indirecto hispano con el imperio otomano en el siglo XVIII. Los intercambios con aquellos territorios se habían realizado por mediación de los puertos franceses e italianos, siendo el trigo el principal producto importado, tan necesario para un país deficitario en la producción de este cereal como España. El tratado de 1782 impulsó la navegación directa greco-otomana con el litoral hispano e, incluso, la participación de capitanes levantinos en el comercio con América¹⁷.

La descripción de las costumbres es asimismo una característica del viajero ilustrado, que observa la sociedad receptora con un enfoque de carácter científico —es decir, sistémico—, influenciado por el predominio de las ciencias en la cultura de su tiempo: «se pretendía lograr una taxonomía de la conducta humana», con atención a la moda, el lujo, el baile, etc.¹⁸

En el caso del viaje al Oriente, la visión eurocentrista sigue existiendo. En el relato de Aristizábal, su valoración de Estambul y las costumbres de sus lugareños suele ser negativa. En el caso de Gravina, aunque vierte algunas críticas, muestra una mayor sensibilidad ante la belleza y el exotismo del mundo otomano, como veremos. Ambos marinos narran su experiencia a la manera de un diario, muy propio de la época, basándose precisamente en el diario de navegación de sus buques.

(16) ÁLVAREZ BARRIENTOS, J.: introducción a la novela de MARTÍN DE BERNARDO, J.: *El emprendedor, o aventuras de un español en el Asia*, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante, 1998, pp. 56-58.

(17) FRANCH BENAVENT, R.: «El fomento del comercio con el Levante mediterráneo durante el reinado de Carlos IV», en MOLAS RIBALTA, P.: *La España de Carlos IV. Colección de Actas 2. Reunión Científica de la Asociación de Historia Moderna*, Tabapress, Madrid, 1991, 45-61. Son imprescindibles los trabajos de MARTÍN CORRALES, E.: «El comercio de Cataluña con el Levante otomano en el siglo XVIII (1782-1808)», en *VII Jornades d'Estudis Històrics Locals*, Institut d'Estudis Baleàrics (IEB), Mallorca, 1991a, 145-160; ÍDEM: «La flota greco-otomana en Cádiz a fines del siglo XVIII», en *Andalucía Moderna: actas del III Congreso de Historia de Andalucía VIII*, Córdoba, 1991b, 389-400; Íd.: *Comercio de Cataluña con el Mediterráneo musulmán (siglos XVI-XVIII). El comercio con los enemigos de la fe*, Bellaterra, Barcelona, 2001; Íd.: «Relaciones de España con el Imperio otomano en los siglos XVIII y XIX», en *España-Turquía. Del enfrentamiento al análisis mutuo* (véase n. 10), 253-270, e Íd.: «Capitanes y banderas greco-otomanas en los puertos españoles: entre el abastecimiento de trigo levantino, la “caravana” marítima española y la “Carrera de Indias”», en IBARZ GELABERT, J., y otros (eds.): *Proceedings of the 4th Mediterranean Maritime History Network Conference 7-9 May 2014*, Museu Marítim de Barcelona, Barcelona, 2016, 571-590.

(18) ÁLVAREZ BARRIENTOS (n. 9), 2005, p. 234.

Gravina, un curioso ilustrado

Nuestro personaje aprovechó bien su breve estancia en la capital del imperio otomano:

«Y no contento con sacar solamente las ideas comunes que solo permitía la corta demora en dicho puerto, estuve continuamente preguntando a las personas que nos parecían más instruidas, tanto en el cuerpo diplomático, señores francos, un abate que allí se hallaba, y algunos dragomanes, y negociantes, y apuntando todo lo que escuchaba y lo que veía, y pidiéndoles algunos apuntamientos; y ayudado después con muchas noticias que, de palabra y por escrito en varias apun-taciones, me dio el Sr. abate Arrieta en Malta, que acababa de venir de Constanti-nopla en nuestro bergantín el Infante, y que en aquellas tierras había hecho largas demoras ...»¹⁹.

Gravina considera Estambul «una de las mayores ciudades de la Europa», teniendo en cuenta el perímetro de su centro urbano y demás arrabales (pp. 71-72). Calcula su población en un millón de habitantes, atendiendo a la morfología, la arquitectura de la ciudad y el consumo de sus habitantes²⁰. Madrid contaba en esa época con 180.000 moradores.

Antes de su arribada a la capital otomana, Gravina había consultado relatos de viajeros que confirman su impresión sobre la belleza del paisaje de la ciudad y sus barrios, aunque no especifica los nombres de estos autores (p. 34). A la hora de conocer las interioridades del Serrallo, vedado a los extranjeros, acude a los otomanos que entran en él, los médicos y cirujanos europeos, así como a las damas y princesas griegas y otomanas que han penetrado en el mismo o se han criado en el harén de las sultanas (p. 97). Mediante el gasto diario de las cocinas de Serrallo llega a la conclusión de que los géneros consumidos allí bastarían para mantener una ciudad europea (p. 132).

Paisaje y sensibilidad

El pensamiento ilustrado da cabida también al conocimiento a través de los sentidos, defendido por Locke en 1690 como única forma de saber, dando así paso a la literatura de los sentimientos y emociones, que fue seguida por Feijoo y otros autores españoles. El «sensismo» busca, pues, el equilibrio

(19) GRAVINA (n. 12), 2001, p. 51. (En adelante señalaremos la página o páginas de la cita, entre paréntesis, en el cuerpo principal del texto.) Un 'dragomán' es un intérprete oficial de los embajadores extranjeros y la corte otomana. Los «francos» son los comerciantes extranjeros.

(20) Parece una cifra exagerada. En 1815, el general Andréossy, antiguo embajador francés, había estimado el número de habitantes, a partir del consumo de agua y harina en la capital, en unos 630.000, cantidad que, por otras fuentes, se podría aumentar a unas 780.000 personas. VIQUESN: *Voyage dans la Turquie d'Europe. Description physique et géologique de la Thrace*, París, 1868, cit. por M. HALBWACHS, M.: «La población de Estambul (Constantinopla) desde hace un siglo», *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, núm. 33 (2016), p. 188.

entre la razón y las emociones²¹. Gravina es un buen ejemplo de esta visión. Entre muchos ejemplos, tomamos su descripción del paisaje de Estambul y sus alrededores, desde la Torre de San Leandro –hoy Kiz Kulesi– en la orilla asiática, frente al barrio de Scutari (p. 71):

«En este sitio está el golpe de vista más hermoso que presenta Constantinopla. Los dos barrios de Pera y Gálata, que ocupan toda la falda de un monte, hacen ver un anfiteatro de hermosísima perspectiva. Además de esto, la vista del Serrallo, cuyos techos terminados en bolas y medias lunas doradas se descubren confusamente entre la frondosa arboleda que rodea aquel edificio, según queda dicho, sus quioscos a la chinesca que caen sobre el mar, la vista del interior del puerto, la inmensa población que lo rodea, entre la cual sobresalen las cúpulas y altas torres o minaretes de un sinnúmero de mezquitas; el pueblo de Esentari [Scutari] en Asia, y varias poblaciones de su costa, el palacio imperial de Besiktasi en Europa y los otros bellos Serrallos que le siguen con la casi continua población del canal, del cual se descubre una gran parte que se pierde de vista, el continuo movimiento de infinitos *caiks* [caiques] y variedad del tráfico, todo esto contribuye a formar en el puerto de Constantinopla un conjunto; desde aquel lugar es el más hermoso y pintoresco que pueda describirse, ni aun imaginarse».

Es el *locus amoenus* de la Roma antigua, un paisaje ideal, humanizado, luminoso, placentero, colorista y bello, de clima benigno, con características femeninas. Pertenece al dominio de las fuentes, huertos, campos, puertos y ciudades. En definitiva, son elementos de una obra de arte en la mente del observador²².

Elogio de la antigüedad clásica

Las excavaciones de Pompeya y Herculano, iniciadas en el reino de Nápoles por el futuro rey Carlos III, pusieron al descubierto los magníficos edificios del mundo romano y tuvieron una repercusión inmediata en el gusto artístico, en el modo de pensar europeo, con la arquitectura neoclásica, que fue objeto principal de la actividad académica. Se trataba «no tanto de una renovación como [de] encuentro con aquel pasado, con el “antiguo”, como se decía»²³.

Este redescubrimiento de la Antigüedad se manifiesta en el relato de Gravina. Durante el viaje a Estambul navega entre las islas griegas (Milo,

(21) ÁLVAREZ BARRIENTOS (véase n. 9), 2005, pp. 110 y 194.

(22) BODEI, R.: *Paisajes sublimes: el hombre ante la naturaleza salvaje*, Siruela, Madrid, 2011, y MADRUELO, J.: *El paisaje. Génesis de un concepto*, Abada, Madrid, 2005. Otras descripciones de la belleza del paisaje y la benignidad del clima en GRAVINA (véase n. 12), 2001, pp. 34, 58, 63, 65, 68 y 70-71. La misma visión en Aristizábal, en 1784, al describir la visión desde el Serrallo o la bondad del clima. GONZÁLEZ CASTRILLO (n. 11), 1997, pp. 102-103 y 109.

(23) NAVASCUÉS, P.: «La formación de la arquitectura neoclásica», en JOVER ZAMORA, J.M.⁹ (dir.): *Historia de España* de Ramón Menéndez Pidal (fundador) XXXI: *La época de la Ilustración I: El Estado y la Cultura (1759-1808)*, Espasa Calpe, Madrid, 1987, p. 658.

Zea, Mitilene...) lamentándose de que su esplendor clásico haya desaparecido y solo queden las ruinas de sus templos (p. 32). Bordea la costa de Troya, pero no distingue las ruinas de la mítica ciudad, cuyas columnas y mármoles, afirma, los sultanes habían ordenado llevarse para las mezquitas de Estambul (p. 33)²⁴. Al arribar a la capital del imperio otomano va describiendo las inscripciones existentes en las torres de la muralla sur, donde figuran los nombres de los emperadores bizantinos que las levantaron (pp. 57-58).

Gravina se hace eco también de la antigua Constantinopla a la hora de visitar los monumentos de Estambul. Muestra su admiración por la mezquita de Santa Sofía, «obra magnífica, tanto por ser la primera en su clase fabricada en el orbe cristiano como por su mucha extensión y soberbia arquitectura» (p. 74). Alaba la perfección de su planta en cruz griega, las bóvedas, los enlosados de mármol y sus 107 columnas –de mármol, pórfido y granito, traídos de diferentes partes–. Sin embargo, aunque elogia la belleza de la cúpula principal, su espíritu viajero le empuja a compararla con sus referencias italianas, en este caso la cúpula de San Pedro del Vaticano, en Roma, que calcula tres veces más grande que la de Estambul (p. 74).

La antigüedad clásica se muestra nuevamente en la plaza del Hipódromo, con sus dos obeliscos egipcios traídos por los emperadores, o una columna con serpientes de bronce que –según dicen– procede del templo de Apolo en Delfos (p. 79). La Gran Cisterna, construida por los emperadores bizantinos, suscita un gran asombro en Gravina, por su tamaño y cantidad de columnas, aunque una tercera parte de su altura estaba cegada por los escombros. Cuenta más de 250 columnas, aunque en realidad existen 336 de ellas. Allí trabajan los artesanos de la seda. La califica como uno de los monumentos más singulares de la Antigüedad en la capital otomana (pp. 40-46 y 93)²⁵.

Urbanismo y arquitectura otomanas

Cuando desciende al detalle, la mentalidad ilustrada de Gravina –defensora del «buen gusto», como veremos– critica las estrechas y feas calles de Estambul, su suelo, sucio y desigual, los endebles materiales de construcción y la falta de magnificencia de sus edificios fuera de algunas mezquitas y serrallos.

(24) Aristizábal cita en 1784 la isla de Serio, antigua Citherea, «patria de Venus y Elena de Troya»; o la isla de Tenedos, «donde desembarcaron los griegos para sitiar Troya». GONZÁLEZ CASTRILLO (véase n. 11), 1997, pp. 4 y 82.

(25) También menciona la visita al sepulcro atribuido a Aníbal, en la costa asiática; en «Extracto del diario...» (véase n. 11), 1788, f. 23 y 29. Aristizábal alaba la elegancia de estos grandes edificios del mundo clásico, algunos transformados en mezquitas o desaparecidos. Menciona también el «buen gusto» de la arquitectura de Santa Sofía y se lamenta de que el «prurito destructor de los turcos» y su «barbarie» hayan destruido edificios clásicos o fundido estatuas de plata y bronce, para aprovechar sus materiales. GONZÁLEZ CASTRILLO (n. 11), 1997, pp. 103-105 y 108.

La mayoría de las casas son de madera. Solo existe una calle recta y ancha en toda la urbe (pp. 71-72)²⁶.

El buen gusto es un producto de la disciplina mental, una habilidad intelectual para percibir, interpretar y juzgar la experiencia sensorial a través de la luz de la razón, de unas normas propias del pensamiento ilustrado. En otras palabras, «las representaciones mentales derivadas de la observación personal se someten al riguroso análisis del gusto, para determinar su adecuación a la verdad»²⁷. Se impone como una teoría del conocimiento en las ciencias, las artes y la educación. Es objeto de discusión en academias, tertulias, reales sociedades económicas, cafés, sociedades de lectura y periódicos. Posee un componente socio-cultural urbano, caso de la corte en Madrid o del Cádiz del comercio y el cosmopolitismo. El hombre de buen gusto –como Gravina o Aristizábal– es un observador de lo estético y lo social. Por un lado, ve las perfecciones o defectos de un objeto de arte; por otro, juzga la conveniencia o no de las costumbres. Desde el punto de vista moral, el buen gusto trata de neutralizar los excesos de la imaginación, lo artificioso y el lujo.

El neoclasicismo lleva a las bellas artes este concepto del buen gusto –con su orden, simetría y proporción–, según los cánones de la antigüedad clásica. Se pretende que el buen gusto de un país deje su impronta en sus ciudades, sus calles anchas y rectas –con empedrado–, sus plazas, paseos y jardines, su alumbrado, alcantarillado y limpieza. En España, el buen gusto se manifiesta especialmente en Madrid, a la que se quiere dotar de un espíritu de capital, aunque fuese en su periferia, dada la complejidad urbana de su centro histórico. Así nace el nuevo Palacio Real, la calle de Alcalá y el «Salón del Prado», con sus edificios emblemáticos: Casa de Correos, Real Aduana, Real Academia de Bellas Artes, Puerta de Alcalá y, sobre todo, el futuro paseo del Prado, con su arboleda y fuentes (Cibeles, Apolo, Neptuno, etc.), Academia de las Ciencias –futuro Museo del Prado–, Observatorio Astronómico y Jardín Botánico, entre otros. Esta monumentalidad responde al ideal borbónico de una «ciudad soñada», exponente de una monarquía universal que se extiende hacia América y Filipinas: bella, magnificente, decorosa, uniforme, armónica, grandiosa, higiénica, aireada. Arquitectos, escultores y urbanistas son los protagonistas de este proyecto, que se desarrolla sobre todo en la segunda mitad del siglo XVIII²⁸.

(26) Aristizábal habla de más de trescientas mezquitas, 150 baños públicos y cien caravasares –posadas de comerciantes– en Estambul. Pero critica la falta de proporción, buen gusto y lucimiento de los edificios otomanos, de sus jardines y fuentes, y, sobre todo, el excesivamente lujoso Serrallo del Sultán. GONZÁLEZ CASTRILLO (véase n. 11), 1997, pp. 103-105, 108, 115 y 117.

(27) Estos párrafos se basan en el estudio de HONTANILLA, A.: *El gusto de la razón. Debates de arte y moral en el siglo XVIII español*, Iberoamericana/Vervuert Verlag, Madrid-Fráncfort del Meno, 2010, p. 236.

(28) ÁLVAREZ BARRIENTOS, J.: *Cultura y ciudad. Madrid, del incendio a la maqueta (1701-1833)*, Abada, Madrid, 2017; NAVASCUÉS (véase n. 22), 1987, pp. 657-717, y CHUECA GOITIA, F.: «Corte, ciudad y población como marco de vida en La formación de la arquitectura neoclásica», en JOVER ZAMORA, J.M.^a (dir.): *Historia de España* de Ramón Menéndez Pidal (fundador) XXXI: *La época de la Ilustración I: El Estado y la Cultura (1759-1808)*, Espasa Calpe, Madrid, 1987, 489-542.

Gravina debió de adquirir esta formación estética, antes de vivir la efervescencia neoclásica, durante su estancia en la Corte entre 1784 y 1787. Además, los años iniciales de su carrera naval en Cádiz coincidieron con los avances de este estilo artístico en la catedral gaditana, de la mano de los hermanos Gaspar y José Cayón y del hijo de este último, por nombre Torcuato. Como queda dicho, Cádiz fue un gran centro cultural, abierto a este redescubrimiento del clasicismo.

Sin embargo, nuestro personaje muestra su admiración por algunos templos otomanos. Tal es el caso de la mezquita de Solimán I (*Süleymaniye*), «la más bella de las mezquitas», decorada con mármoles de la Antigüedad y emplazada en lo más alto de la ciudad, contribuyendo a la hermosura de su paisaje (p. 81). Lo mismo sucede con la mezquita de Ahmed I (la «Mezquita Azul»), «una obra perfecta en su género, riquísima de mármoles» (p. 84).

Lujo y exotismo

Esta admiración por la arquitectura otomana entronca con el citado interés europeo por Oriente. En el caso español, se da la circunstancia de que cuenta con magníficos edificios árabes en territorio peninsular. Así, los viajes de los arquitectos José de Hermosilla (1765) y Juan de Villanueva (1765-1766) a Córdoba y Granada abren la puerta de estos palacios y mezquitas a la sensibilidad neoclásica, iniciativa apoyada por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Este renacimiento de los estudios en torno a la arquitectura árabe se cuenta entre los primeros de Europa²⁹.

Gravina participa de esta fascinación. El Gran Bazar le causa una gran impresión, por su tamaño y por la variedad de los géneros que se negocian en sus tiendas (p. 89):

«... todos estos mercados, próximos unos a otros, ocupan una gran extensión, y hace ver el gran número de géneros que hay en aquella ciudad. Nada falta en ellos y se encuentran, además de los géneros del país, todas las mercancías de Europa, todas las drogas de Asia, todas las riquezas de la India, que, por Alepo, Alejandría y otras escalas, pasan para el abasto de la capital».³⁰

Nuestro personaje queda impresionado por el lujo de los sepulcros de los sultanes, como el de Ahmet I y familia, con mármoles, tapices, cirios, lámparas—donde se queman aloe y otros perfumes—, y una fuente dorada con agua de

(29) Hermosilla publicará sus *Antigüedades árabes* en 1787, y los dibujos de Córdoba y Granada realizados por Villanueva verán la luz en 1804. NAVASCUÉS (véase n. 22), 1987, p. 690.

(30) Aristizábal se asombra también de la gran abundancia de mercancías, llamándole la atención los objetos de plata y joyas que se venden en el Gran Bazar, destinados a la vestimenta y las armas personales de la élite otomana de ambos sexos. GONZÁLEZ CASTRILLO (véase n. 11), 1997, p. 115.

nieve para los fieles (p. 78). Alaba la magnificencia del sepulcro de Solimán II y familia, cubierto de un paño de seda bordada en oro –traído de La Meca–, un turbante con valiosos diamantes en su cabecera y Coranes con cadenas doradas, además de los cirios, los perfumes y el agua de nieve (p. 81). Se extasía con la iluminación de las mezzitas con motivo de la fiesta del Ramadán o del nacimiento del profeta Mahoma, con arañas de cristal llenas de velas en su interior, o faroles que cuelgan con cuerdas entre los alminares (pp. 86-87).

A través de terceras personas toma noticias sobre el serrallo del sultán, un mundo secreto que había encendido la imaginación de los escritores españoles ya desde el siglo XVI. Las descripciones del segundo patio de Palacio muestran la gran sensibilidad de Gravina, compatible con su formación técnica de oficial naval. Este lugar es un gran espacio porticado, con columnas de mármol, fuentes y paseos empedrados³¹:

«... lo restante del patio es todo de arrayanes, que con la humedad de las fuentes y las sombras de los árboles dan un frescor delicioso. No se permite en este patio hablar recio a persona alguna y su silencio es solo interrumpido del canto de los muchos pájaros y de los arrullos de las tórtolas» (p. 98).

Deja constancia del lujo extraordinario existente en el Serrallo. El trono del sultán en la sala de audiencias está decorado con cuatro columnas de oro, diamantes y otras piedras preciosas, perlas, plumas de aves y paños bordados de perlas. El apartamento privado del Gran Señor cuenta con una antesala de espejos grandes, con arañas de cristal y jaulas de alambre de oro con canarios y otros pájaros. La cama del sultán es de plata, con cortinas de damasco carmesí bordadas en oro, con muchas perlas, sábanas de muselina bordadas en oro y almohadas de seda bordadas de oro. El quiosco del soberano sobre el puerto es una construcción a la moda chinesca, con espejos y alhajas, columnas de mármol y galería con su fuente. Tiene en su interior unos buenos anteojos para observar el paisaje (pp. 97-110). Hay también descripciones del Tesoro y las caballerizas³².

La referencia a los baños de Estambul es una constante en los escritos de estos viajeros. Gravina expresa su admiración por estos ambientes tan exóticos (pp. 125-126): «Otro de los pasatiempos del harén es el de los baños, de los cuales hay muchos y bellísimos. Es increíble el gusto que tienen todos los orientales en semejantes baños, en los cuales pasan las tres y las cuatro horas en transpirar, lavarse y perfumarse ...»³³. Nuestro personaje describe los baños en la casa del barón de Ambs, evocando la Antigüedad clásica y dejando constancia de la sensualidad que se respira en sus estancias (p. 48):

(31) Asimismo, Aristizábal nos habla del silencio de este entorno. *Ibídem*, p. 120.

(32) La delicadeza de la cocina otomana es elogiada por Aristizábal. *Ibídem*, p. 91.

(33) Aristizábal coincide con Gravina en la importancia de los baños existentes en las casas de la élite otomana y extranjera, aunque lo habitual es que las mujeres vayan a los numerosos baños públicos de la ciudad. *Ibídem*, p. 720.

«Baños hechos a la turca, que es donde gastan más lujo y perfumes y sus galas las sultanas, las turcas y generalmente todas las asiáticas. Estos baños que se parecen mucho a los de los antiguos, según las descripciones que de ellos se tienen, y lo que se observa en los vestigios (...) Sus cuartos no tienen ventana alguna y reciben solo la luz de la cúpula, y lleno todo de campanas de cristal, algunos de estas de diferentes colores, a fin de desigualar la luz con su variedad. Causa tanta sensualidad; están todos estos cuartos cubiertos de mármoles finos y parte de ellos hechos a cuadritos; están adornados de varias columnas y trabajados con bastante primor».

Rechazo de algunas costumbres orientales

Pero la visión paralela de la sociedad a través de las emociones, su afán de conocimiento del corazón humano y su búsqueda ilustrada de la felicidad pública llevan a Gravina a rebelarse contra algunas costumbres otomanas, siempre desde una perspectiva eurocentrista de civilización. Cuando visita la casa de fieras se escandaliza por las malas condiciones de habitabilidad que sufren aquellos leones, tigres y otros felinos³⁴. Su sensibilidad se hace patente al describir el mercado de esclavos, donde «las bellas georginas, sircasianas, griegas, armenias y judías, con caras melancólicas, desean la tiranía de un amo para salir de la miseria en que las tiene el actual» (p. 89-90)³⁵. El nuevo modelo de hombre ilustrado en que se inscribe Gravina, cultivador del «buen gusto», le empuja a criticar los bailes lascivos de los jóvenes en las casas de la élite otomana (pp. 176 y 178)³⁶.

Sin embargo, donde se nos muestra la gran sensibilidad de Gravina es cuando analiza la situación de la mujer.

La servidumbre femenina

El siglo XVIII español es testigo de algunos cambios experimentados en el tratamiento de la mujer, aunque no se produce una verdadera transformación, dado el carácter paternalista y moderado de su reformismo ilustrado³⁷. A la mujer se la considera un ser diferente y complementario del hombre, por su función maternal y mayor sensibilidad. Pero debe permanecer subordinada al varón. Su ámbito principal de actuación es el mundo doméstico, siendo valorada fundamentalmente por su contribución a la sensibilidad masculina, al bienestar social y a la construcción de la ciudadanía.

(34) *Extracto del diario* (n. 11), 1788, f. 26.

(35) Sin embargo, Gravina no nos ha dejado su opinión sobre la esclavitud africana en América, ni acerca de la suerte de los corsarios norteafricanos y turcos capturados por los españoles. En 1784, el propio Aristizábal liberó en Estambul a cuatro arráeces (capitanes corsarios) y sesenta esclavos turcos como gesto diplomático. GONZÁLEZ CASTRILLO, 1997, pp. 91-92.

(36) Aristizábal va más allá, denunciando la prostitución de estos bailarines y empleando duros calificativos contra los eunucos. *Ibidem*, pp. 116-117 y 120.

(37) Estos párrafos se basan en el estudio de BOLUFLER, 1998.

Sin embargo, se le da la oportunidad de instruirse, hasta cierto punto. A la mujer de la nobleza y de las familias acomodadas en España –negociantes, funcionarios, etc.– se le abren nuevos espacios de sociabilidad, como las tertulias y los salones. Es conocida la fama que adquirieron los salones de algunas damas de la alta sociedad, como la condesa de Montijo, la marquesa de Fuerte Híjar, la duquesa de Alba, la condesa-duquesa de Benavente, la marquesa de Sarria o la condesa de Lenos, donde tenían lugar representaciones teatrales, lecturas, música y charlas. La mujer se adentra también en el mundo de las letras, como autora, lectora y traductora. Algunas de estas escritoras –como Josefa Amar, María Rosa Gálvez o Josefa Jovellanos– tuvieron su impacto en la opinión pública. El proceso de apertura culminó en la admisión de la mujer en la Sociedad Matritense en 1786, mediante la creación de una junta de damas.

Gravina participa de este debate entre tradición o modernidad sobre la mujer. Su relato de Estambul nos muestra su personalidad sensible y avanzada. En contraste con España, se asombra del conocimiento de varios idiomas que muestran algunas damas de los dignatarios otomanos y residentes extranjeros, las cuales hablan bien el francés, el italiano, el turco, el griego, e incluso el español. Pero denuncia la opresión de la mayoría de las mujeres otomanas (p. 179)³⁸:

«Las mujeres, consideradas por los musulmanes como destinadas al servicio y deleite de los hombres, pasan su vida, como se ha dicho, encerradas en el harén, víctimas del celoso carácter de sus maridos y de las discordias que entre ellas causa la predilección de aquellos. No obstante, pueden salir para ir a la mezcquita, al baño y a visitarse ...».

A la hora de describir el Harén –ese espacio secreto y, por lo tanto, misterioso para todo europeo–, nos habla del lujo de las habitaciones, guarnecidas con ricos muebles y suntuosas telas; de la opulencia de los vestidos, joyas y perfumes que engalanan a sus moradoras, y concluye que las mujeres –sultanas y *cadunas*–, «menos la libertad, tienen allí todo cuanto desean, costando su mantenimiento y lujo sumas inmensas» (p. 127). Esta crítica es común a otros autores³⁹.

Gravina hace hincapié en el distinto tratamiento de la mujer, según el rango adquirido en la Corte. La sultana madre vive regaladamente en otros palacios fuera de la ciudad, custodiada por eunucos, con sus esclavas y familiares (p. 82). En su relato destaca a una del siglo XVII: «Entre las sultanas de intriga y que han manejado los negocios del imperio, merece gran atención la sultana Validé, dotada de gran talento, magnífica y espléndida en extremo, mujer del Sultán Ibrahim, y madre del Sultán Mohamed IV» (p. 84).

(38) En ese sentido, observa a muchos grupos de mujeres, apelonadas, paseando por los cementerios los días de fiesta, sin compañía del hombre, pues ambos sexos nunca van juntos por la calle. «Extracto del diario» (n. 11), 1788, f. 21.

(39) Aristizábal califica el Harén de «reclusión dorada», cuyo amo pretende «deslumbrar la opresión con la magnificencia». GONZÁLEZ CASTRILLO, 1997, pp. 116-117.

Las princesas, por su parte, son casadas con altos funcionarios del imperio, y habitan también en mansiones de la periferia urbana, rodeadas de gran lujo. Disfrutan de una mayor libertad, pues sus maridos están normalmente fuera de Estambul, en misiones. El marino español se hace eco de las aventuras galantes en estos lugares de retiro, y denuncia los abusos de estas princesas con sus amantes, «gentes de las cuales pueden deshacerse con facilidad a la más mínima ocasión; es célebre en este particular la hermana mayor del presente Sultán, llamada Asma Sultán, pues ha sabido atropellar con todos los respetos humanos» (p. 131). Por último, queda impactado por el destino final de aquellas sultanas a las que se les han muerto sus hijos en vida del sultán y las propias cadunas, que son encerradas de por vida en el viejo Serrallo. El texto, conmovedor, demuestra una gran sensibilidad ilustrada (p. 83):

«El llanto, los lamentos y la confusión de estas miserables, que ven desvanecidas sus esperanzas y van a pasar a una prisión perpetua, de la cual no ignoran todos los horrores, es indecible (...) y a reserva de algunas que el nuevo Sultán destina por mujer de algunos señores de la ciudad y de algunos de sus criados ...».

Civilización versus atraso

El movimiento ilustrado pretendía alcanzar en el futuro un nivel ideal de civilización en el que el equilibrio y la virtud se diesen de la mano, dando así lugar a una nueva sociedad basada en el progreso, la razón y la fe en el conocimiento. Esta concepción implicaba la supresión de las diferencias existentes entre los distintos países y la imposición de una manera europea de pensar, que se estimaba más avanzada⁴⁰.

Esta mentalidad se refleja en las opiniones de Gravina sobre el mundo otomano. Por un lado, elogia el carácter generalmente bueno y sencillo de sus gentes, fieles en sus tratos, de gran civilidad, que no niegan su mesa a nadie (pp. 180-181). Pero, por otro, denuncia la altivez de sus élites, su falta de formación y su escasa aplicación al trabajo: «... generalmente son ignorantes, reduciéndose su educación a escribir, a leer el Corán, montar a caballo, y el que más tiene unos cortos principios de aritmética» (p. 175)⁴¹.

Gravina afirma que en el despotismo del sultán y su gobierno reside el origen del atraso otomano (pp. 175 y 180-181)⁴². Nuestro personaje va más allá, al denunciar la crueldad de los poderosos. Gravina critica el asesinato por el visir del vicealmirante Hassan Bey, ocurrido en 1787. Según sus informadores, el marino había sido «de muchas luces, instruido en varios tratados de

(40) ÁLVAREZ BARRIENTOS (n. 9), 2005, p. 235.

(41) Aristizábal opina lo mismo, indicando además la pasión otomana por el disfrute de casas y jardines, rodeados de abundancia, sin buscar el progreso. GONZÁLEZ CASTRILLO, 1997, pp. 104, 135 y 120-129.

(42) En su relato, Aristizábal se extiende también sobre el despotismo, la corrupción y la venalidad de su gobierno. *Ibidem*, pp. 111, 121-122, 126-127 y 129.

matemática; hablaba, leía y escribía español, francés e italiano, en cuyos idiomas tenía una colección de libros del arte militar y la facultad náutica; en fin, era un hombre raro entre los turcos ...» (p. 147), pero fue acusado injustamente de no haber conducido bien el ataque otomano a una fortaleza rusa, lo que ocasionó fuertes pérdidas a sus tropas.

Conclusiones

En definitiva, nos encontramos con el típico retrato del imperio otomano hecho por un europeo culto, en este caso un marino de guerra. Gravina, desde su perspectiva ilustrada, es crítico con aquella cultura, con su urbanismo y arquitectura doméstica y con su sistema de gobierno. Censura asimismo la escasa aplicación de su élite a las actividades productivas y la opresión de la mujer. Pero, siguiendo a Lucía Castejón, nuestro personaje no sufrió durante su visita las presiones que había experimentado Aristizábal, como primer enviado a la corte del sultán. Por esta razón, su sensibilidad se manifestó con más libertad, dejándose llevar, al mismo tiempo, por la fascinación de un mundo exótico: el paisaje espectacular de Estambul y el Bósforo, la impresionante belleza de algunas mezquitas, las luminarias del Ramadán, el lujo de las tumbas de los sultanes, la riqueza de los géneros en el Gran Bazar o la sensualidad adivinada en sus baños. Gravina constituye un excelente ejemplo de la mayor permeabilidad europea occidental hacia Oriente, de su acercamiento a unas culturas tan diferentes⁴³. El estallido de la Revolución Francesa, un año después de su visita a la capital otomana, y los avatares del imperio napoleónico acelerarían este proceso de conocimiento oriental por los europeos⁴⁴.

(43) Castejón (n. 11), 2006a, p. 202.

(44) Otro ejemplo de la misma época es el libro de SOLANO ORTIZ DE ROSAS, J.: *Idea del Imperio Otomano. Parte histórica del diario de navegación, que en su viaje a Constantinopla en el año de 1787 hizo el capitán de fragata de la Real Armada Don José Solano Ortiz de Rozas. En el que se dará razón de otro viaje que ejecutó a Constantinopla en el anterior de 1786, y del que posteriormente hizo a Nápoles y Livorne en el de 1789*, Imp. Sancha, Madrid, 1793.